

ANACLETO GONZÁLES FLORES: FORJAR LA CULTURA DEL ESPÍRITU

«Se sabe, se ve que cada hombre es una ruina y que por lo mismo, es preciso forjar de nuevo el tipo vigoroso y profundamente humano que el Cristianismo, verdadero Fidias de las almas, incomparable artista de la vida, sabe hacer de cada espíritu y de cada corazón. Se sabe y se ve que las sociedades perecen cuando el deseo de sacrificarse por los demás y la ley del amor son devorados por la fiebre del placer y por la hoguera del egoísmo y se quiere volver a los hombres al sistema único que ha sabido hacer del amor a la humanidad un deber ineludible y una de las más hermosas virtudes. Se sabe que es necesario reconstruir totalmente al hombre interior y al hombre exterior y que, éste, aparte de ser ciudadano, debe ser una verdadera unidad social y que para esto urge que las energías de la sociedad vuelvan al cauce del orden y que el talento, la riqueza, la propiedad y el poder sean fuente rica e inagotable de luz, de justicia y de bienestar para todos. Se ha llegado a comprender que solamente así será posible contener la corriente desbordante de las revoluciones e inaugurar una era de verdadera paz en el mundo».¹

Estas palabras del beato Anacleto González Flores, escritas en 1920, siguen siendo actuales. Son todo un programa antropológico, cultural y civilizatorio.

Hoy vivimos un momento crítico de nuestra historia, una situación cada vez más preocupante: diversas manifestaciones de violencia se hacen presentes en nuestro entorno familiar, comunitario, social y global. Estas manifestaciones han generado una cultura que nos deshumaniza. Como cristianos no podemos ser indiferentes a ello. No podemos creer que no nos incumbe.

En los momentos más conflictivos y dolorosos de la persecución religiosa, el beato Anacleto se mantuvo firme en su empeño por la lucha no-violenta, por la resistencia civil y por la promoción de una cultura como conquista del espíritu. Prueba de ello fue su llamado constante a tomar la Palabra como arma de lucha. Son ahora sus obras escritas la mejor prueba de ello y desde las cuales podemos extraer sus enseñanzas para que nos sigan inspirando a la más importante causa que tenemos como Iglesia en el mundo actual: anunciar y edificar el Reino de Dios.

Ayer como hoy, es la hora de los cristianos para hacerse presentes en la sociedad: «todos, absolutamente todos los católicos podemos y debemos hacer algo para restablecer el reinado de Cristo; unos en una forma, otros en otra; unos con su talento, otros con su

¹ A. González Flores, *La cuestión religiosa en Jalisco*, en *Antología literaria*, Asociación Pro-Cultura Occidental, A.C., Guadalajara, Jal. – México, 2005, p. 144.

esfuerzo; pero todos deben procurar desde hoy hacer algo serio, constante y coordinado para el restablecimiento del reinado público de Cristo».²

La mejor forma que tenemos para esta obra es realizarla juntos, en comunión y sinodalidad. Triste es ver que algunos miembros de la Iglesia siembren con sus palabras y sus obras la división, resistiéndose al soplo del Espíritu Santo. Lo menos que podríamos esperar del beato Anacleto es que fuese en su momento un paladín de la división y no de la comunión genuina que da sentido a nuestro ser y hacer como Iglesia. Quienes osan utilizar las palabras de Anacleto para ir a contracorriente del caminar de la Iglesia actual, ideologizan sus palabras, le extirpan su mística genuinamente cristiana y eclesial.

El testimonio del beato Anacleto nos inspira el llamado a la unidad para vivir la plena comunión de la Iglesia y para no formar parte de la espiral de la violencia que cada vez fractura nuestra sociedad. Su testimonio es el de un mensajero de paz.

Buena parte de sus escritos nos ofrecen este mensaje: la lucha verdadera es la lucha por la causa del Reino. ¿Qué tan dispuesto estoy para actuar hoy? ¿Cómo podría hoy ser factor de unidad y no de división?

El beato Anacleto nos deja varias enseñanzas para asumir el compromiso cristológico: anunciar a Cristo en todos los lugares de la sociedad. No encerrarnos en los templos, sino salir a la plaza pública, al lugar de encuentro con nuestros hermanos.

Estamos en un momento clave en el que los católicos tenemos que recuperar la palabra. Hasta hoy la palabra que predomina y que suele pronunciarse en la tribuna política, en la plaza pública y en el espacio virtual, la pronuncian otros menos los católicos. ¿Dónde están los católicos para que armados del lenguaje cristiano podamos anunciar a Jesús al hombre y a la mujer de hoy? ¿Dónde están para argumentar dialógica y pacíficamente en favor de la Verdad que da sentido a nuestra vida? ¿Dónde están para generar una cultura de la paz en medio de este ambiente de violencia que predomina hoy en nuestra sociedad?

El beato Anacleto fue un cristiano que cultivó denodadamente el periodismo. Entre sus obras editoriales se encuentra el semanario *La Palabra* (1917-1919);³ una publicación

² A. González Flores, *El plebiscito de los mártires*, en *Antología literaria*, Asociación Pro-Cultura Occidental, A.C., Guadalajara, Jal. – México, 2005, p. 494.

³ A. González Flores, *La Palabra*, periódico editado en Guadalajara en 1917-1919, reedición facsimilar, Guadalajara 2002, con una introducción del P. Tomás de Hijas Ornelas, editor: el P. Abel Castillo.

con pretensiones de brindar un espacio para la buena prensa, combativa y despertadora de conciencias; expresión del catolicismo social en boga.

Además de buen periodista y buen orador, hoy podríamos decir que fue un buen comunicador.

Urge, por tanto, que los católicos bajemos a la fragua ardiente donde se forjan el orador, el periodista y el escritor para martillar sobre el yunque del estudio y de una conveniente preparación, la espada que empuñarán los cruzados de hoy.⁴

Lo de hoy es una lucha cultural. Crear, forjar y proponer al hombre y a la mujer de hoy una cultura inspirada en la fe cristiana es el desafío de nuestros tiempos. Quien actualmente tiene la palabra crea también pensamiento y muchas veces este pensamiento deviene en ideologías. ¿Cuál es la propuesta de pensamiento que están forjando los católicos de hoy, si hemos descuidado por mucho tiempo la dignidad de la palabra, la necesidad de estudiar los fundamentos de nuestra fe, de nuestra historia y de nuestra genuina tradición; la necesidad de promover espacios de diálogo para la construcción del bien común?

No se trata de regresar a la época de las cruzadas; ni promover integristas o progresistas que muchas veces han ideologizado la fe, se trata ahora de que inspirados en Cristo forjemos la auténtica civilización cultural como propuesta de sentido trascendente al hombre y a la mujer de hoy; como una propuesta que transforme el horizonte de deshumanización que permea nuestra sociedad y cultura.

El beato Anacleto lo tuvo claro en su tiempo:

[...] el porvenir será de los que estén en posesión plena de los tres poderes que en todo tiempo le han entregado la diadema de los reyes al pensamiento, a saber: la palabra, el apóstol y la organización. De aquí que los que sientan los arranques nobles y santos de conquistar el espíritu para la verdad y los que deseen vivamente que se reestablezca el imperio de la libertad de los pueblos, deben si es indispensable, sacrificarlo todo por conseguir que su palabra invada todos los caminos, que el apóstol esparza hacia los cuatro vientos el germen de la idea y que

⁴ A. González Flores, *La cuestión religiosa en Jalisco, en Antología literaria*, p. 150.

la organización, con su mole gigantesca y con la robustez y consistencia de su estructura, haga invulnerable al espíritu humano y lo escude contra la tiranía de los sofistas, contra el despotismo de los que gobiernan, contra la servidumbre de las pasiones y contra la esclavitud de los poderosos.⁵

Hoy el objetivo de nuestra lucha será para la conquista del espíritu, para el forjamiento de una auténtica cultura. No imitemos a los que secuestran la palabra y la tergiversan, la ideologizan; ni tampoco dejémonos seducir por las propuestas culturales de hoy que nos proponen el camino narcisista e individualista, hedonista y desechable. Forjemos nuestro propio camino, unámonos. Hagamos historia.

A la violencia deshumanizante, la anticultura de la muerte, las ideologías políticas y culturales, sólo se les vence con una cultura del espíritu. Cuando el Papa Francisco habla de «evangelizadores con espíritu», son precisamente éstos quienes han de forjar la cultura del espíritu. Actores y no simples espectadores, los «evangelizadores con espíritu» oran y trabajan. «Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y *praxis* sociales y pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón».⁶

Hoy como ayer necesitamos la presencia de misioneros. Cada cristiano está llamado a ser misioneros en este mundo actual: «Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás».⁷

La cultura del espíritu de la que nos estamos refiriendo, no es la cultura del espíritu abstracto que deviene en puras ideas y nominalismos, ni del espíritu que deviene en una espiritualidad intimista e individualizante. Esta cultura del espíritu se fundamenta en la lógica de la encarnación. El hecho de que el Verbo se encarnó quiere decir, entre otras cosas, que se implicó en nuestra vida y en historia. Esta es la lógica que debemos asumir los cristianos de hoy.

⁵ *Ibidem.*, pp. 151-152.

⁶ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 262.

⁷ *Ibidem*, 273.

A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo.⁸

El beato Anacleto se implicó en su historia y en su sociedad, al grado tal de quererla transformarla con los valores del Reino. Fue un «evangelizador con espíritu» que lo arriesgó todo por la causa de Jesús; generando con su pluma y su labor periodista una propuesta cultural con el fin de despertar las conciencias e inspirar a los demás la necesidad de la lucha pacífica por la defensa de la fe y del hombre, frente a los mecanismos deshumanizantes, culturales y sistémicos, de su tiempo.

Los «nuevos cruzados», concepto afín al pensamiento de Anacleto, que hoy nos atreveríamos a cambiar por «evangelizadores con espíritu»:

[...] han llegado a adquirir la convicción inquebrantable de que al triunfo sobre la tiranía no se va por la violencia sino por el camino que abren la idea, la palabra, la organización y la soberanía de la opinión. Y saben que la fuerza llama a la fuerza, la sangre llama a la sangre, el despotismo llama al despotismo y que los pueblos que tienen necesidad de la violencia para recobrar su libertad, están condenados a padecer la tiranía de muchos o la tiranía de uno; hasta que con una labor entusiasta, lenta y desinteresada se logre forjar, modelar el alma de las muchedumbres.⁹

¿Qué tan cerca estamos los cristianos de hoy de esta mentalidad que nos presenta el beato Anacleto? ¿Qué tan implicados estamos en las situaciones y problemáticas de nuestro tiempo? ¿Qué propuestas de sentido le estamos ofreciendo al hombre y a la mujer de hoy?

Una fe encarnada siempre va a generar cultura en realidades concretas, dinamizará comunidades vivas e insertadas en la trama social y cultural.

⁸ *Ibidem.*, 270.

⁹ A. González Flores, *La cuestión religiosa en Jalisco*, en *Antología literaria*, p. 28.

Desde su fe el beato Anacleto asumió el compromiso con la sociedad y cultura que le tocó vivir. No se sustrajo al compromiso que esto implicaba. Por eso de ahí su significación como un referente para que hoy los cristianos seamos forjadores de una cultura que sea capaz de dialogar en el horizonte actual, que invite a la mujer y al hombre de hoy a la fe en Jesucristo que nos salva, y que proponga una cultura auténticamente humana y humanizadora.

Evangelizadores con espíritu es lo que necesitamos hoy. Que dinamicen su actuar con la fuerza luminosa del Espíritu. Que vivan la lógica de la encarnación en sus realidades concretas. Que manifiesten con su vida la fuerza esperanzadora que sólo puede venir de aquel que lo ha dado todo para la salvación del mundo: Jesucristo, nuestro único salvador.

Que el beato Anacleto González Flores interceda por nosotros.

Gerardo Pérez Silva